



Foto: David Rodríguez



Foto: David Rodríguez

La barriada dispone sólo de un contenedor, situado al fondo de la calle, donde reclaman que se haga un parque infantil

Los vecinos piden que se asfalte la carretera y se pongan bandas sonoras

Rabiche: vivir en el divido

Los vecinos de la barriada denuncian la falta de limpieza viaria, contenedores, farolas y reivindican la instalación de bandas sonoras en la calle y un parque para los niños

Susana Arizaga

Once y media de la mañana. Aún la barriada no se ha despertado. Es lunes: día de descanso para la mayoría de las familias aquí asentadas, cuyas economías dependen de la venta ambulante en los mercadillos. Más de 150 personas conviven en el «barrio, que esto no es un gueto», advierte José Luis Jiménez Botos, con 65 años uno de los «viejos» de esta comunidad de gitanos. Los vecinos comienzan a asomarse a la calle cuando se corre la voz de que hay periodistas. Las mujeres son las más decididas: «ponga que aquí no tenemos limpieza ninguna, los barrenderos vienen cuando quieren y hay un contenedor para las 20 casas». Son conscientes de que en la ciudad mencionan Rabiche es mencionar la «bicha». Y se ofenden «porque somos personas normales, pero es difícil integrarse porque cuando vas a buscar un trabajo sólo cogen a los que son blanquitos, a los que pare-

cen «paisanos» (payos). A los gitanos no nos quieren, se creen que nos vamos a llevar la flota de camiones... Aquí somos muchos los que queremos trabajar, hay unos 25 jóvenes en paro». Quien habla es José Luis Jiménez hijo. El mercadillo no da para tanto, «y cada vez se vende menos», agrega su padre.

Las mujeres siguen con lo suyo: «hace años y años que esa porquería está ahí», Dolores Jiménez Salazar señala una zona situada al final del barrio en la que se concentran restos de basuras. Se cansaron de pedir al Ayuntamiento de la capital que lo saneara. Ante la pasividad municipal «trajimos un contenedor para sacarla de aquí, que nos costó 25 euros, pero no entró todo. Otros vecinos pagaron otro para sacar la porquería de ahí abajo», a la entrada de Rabiche. «Este es un barrio limpio», sentencia Dolores por si cabe alguna duda. Esta mujer de carácter, enérgica, reclama los servicios de limpieza municipales. Y asegura que ella misma se encarga de que no se acumulen basuras alrededor del contenedor, «ya les digo que cuando no quepan las bolsas, las dejen en el patio hasta que lo venga a recoger» el camión. Otras vecinas se suman a la protesta.

Pero más importante, insiste una y otra vez José Luis Jiménez Botos, su marido, es «que asfalten la carretera y que pongan bandas sonoras porque pasan los coches a velocidad y un día van a pillar a algún niño». Los pequeños juegan en la calle, como si Rabiche fuera un pequeño pueblo a dos kilómetros y medio de la Plaza Mayor. Dolores no tarda ni un segundo en entrar en casa y sacar la solicitud cursada el 9 de julio pasado al Ayuntamiento para que realicen los arreglos de la carretera. Todavía no hay respuesta. «La alcaldesa, cuan-

«Es difícil integrarse, sólo contratan a los que son muy blanquitos, se creen que les vamos a robar»



Foto: David Rodríguez

José Luis Jiménez Botos, el más viejo del barrio, conversa con su hijo y el joven Víctor, monitor de tiempo libre de Menesianos

do eran las elecciones, muy bien con todos los gitanos y ahora se esconde. Le pedimos que colabore y ahora nada», critica otro vecino.

Las mujeres se van aproximando para dejar constancia de su particular preocupación. Mientras, los hombres, la mayoría jóvenes, van saliendo de las casas, acomodándose a las puertas, a resguardo del sol, y observan la escena. «Las farolas no funcionan, llevamos tres meses llamando al Ayuntamiento y nada. Por las noches no se ve nada en el barrio. Llevamos todo el año así. Que pongan una a la entrada por lo menos. Es peligroso para los niños». Cuando se les pregunta por la fama

que tienen de dejados, replican: «¿cómo saben que somos abandonados si no tenemos nada que cuidar?». «¿Abandonados?», responde otra mujer joven, «¡nos faltan muchas cosas!». Entre otras, «un parque para los niños, que no tienen donde jugar y también tienen derecho a disfrutar de uno, como en otras partes». Sus madres y abuelas tienen pensando hasta el lugar donde podría construirse: al fondo, al final de las casas, donde hay un espacio muerto, ahora «un basurero», con metros suficientes para hacer un aparcamiento, «podían allanarlo para que dejen ahí los coches». A partir de la una de la tarde los vehículos invaden los dos lados de la carretera.

Los niños también comienzan a salir de las viviendas, se acercan a la novedosa visita y preguntan con desparpajo qué hacen allí. La fiesta lle-

ga para ellos cuando aparecen María y Víctor, monitores de Menesianos, que acuden a Rabiche para realizar actividades de tiempo libre con niños y adolescentes, dentro del programa de educación de calle. Hoy es el turno de los más pequeños. Les espera la piscina. El revuelo está armado. Entran en sus casas para equiparse: bañador, toallas, flotadores... «Vienen los que quieren. La relación con nosotros es muy buena. Desde el primer día nos dejan a los niños para realizar las actividades, incluso para ir a la piscina aunque puede tener un riesgo», indica Víctor. Tratan de llevar más allá el objetivo de estas actividades: sobrepasar la función de ocupar el tiempo libre de los niños y «estrechar relaciones».

Pasa a la página siguiente

«¡Aquí de drogas, nada, no entra cualquier gitano!»

Los "paisanos" que quieren «son bienvenidos al barrio»

Viene de la página anterior

Los vecinos de Rabiche se sienten abandonados por el Ayuntamiento de la capital, «carecemos de muchas cosas y nadie nos hace caso», afirman. Y parece no faltarles razón. Está dentro del barrio de San Frontis, pero no integrado totalmente. Existe una barrera más que virtual. Pocos se atreven a atravesar ese límite, marcado por el inicio de la calle. Aunque las chabolas desaparecieron «hace unos veinte años, cuando el Ayuntamiento nos construyó estas casas», el resto de vecinos de Zamora mira con desconfianza este asentamiento

«Cuando se destierra a alguien lo deciden cuatro mayores de buena reputación; pero de patriarcas, nada»

gitano. Esa actitud hiere a sus pobladores, que proclaman: «aquí el "paisano" -como llaman a lo payos- que quiera es bienvenido. ¡Y de drogas, nada!». Los gitanos, los más mayores, saben el daño que ha hecho la droga a su raza -y al resto- y «no dejamos que entre en el barrio». Insisten en que «es mentira» la fama que

ensombrece y hace desconfiar a los "paisanos" sobre la vida que se lleva en Rabiche. «Aquí mis hijos y mis nietos tienen amigos "paisanos" que vienen». Esto no es un poblado conflictivo, «aquí no entra cualquier gitano, no vienen los que no sean familia nuestra porque en Rabiche nos conocemos todos y hay buena convivencia». Son de nuevo los Jiménez los que ponen los puntos sobre las "ies". Las puertas permanecen abiertas durante todo el día y «el género en el coche, aquí nadie roba nada», añade José Luis Jiménez Botos.

Alardean de ser hospitalarios y se percibe: «Entra en casa para que veas que bonita la tengo». José Luis Jiménez Botos y su esposa Dolores Jiménez Salazar muestran el interior de su vivienda, orgullosos. Por algo se han gastado «miles y miles» para dejarla a su gusto. «¡Venga, os hago un cafetito!». El monitor de Menesianos, Víctor, confirma también esa actitud abierta y confiada:



Dolores Jiménez muestra un escrito enviado al Ayuntamiento para pedir mejoras



Casas de los alrededores de Rabiche, en las que no viven gitanos

«desde el primer día nos han invitado a café; nos han dejado al cuidado de sus hijos sin ningún problema». Junto a su compañera intercambian bromas y conversan con

los padres y abuelos de los menores que pasarán todo el día bajo su custodia. El verano, el buen tiempo, incita a vivir más en la calle. Por las noches sacan sus sillas a las aceras

y conversan. Y cuadro se terciá, «hacemos un asado en la calle y todos participamos». No pocas veces las reuniones se convierten en sesiones de cante y baile. «Aquí no molestamos a nadie». Eso sí, «si alguien se molestase o si hubiera luto en alguna familia, no lo haríamos». El luto se respeta tanto como a los mayores, aunque aseguran que «eso del patriarca que manda es un mito», dice una joven de 16 años. «Que viene un "viejo" y me aconseja, vale. Tenemos más respeto que vosotros por los mayores. Y cuando se destierra a alguien lo deciden cuatro mayores de buena reputación, no puede ser cualquiera; pero de patriarcas nada», puntualiza José Luis Jiménez. Presenta a su hija y explica que «será asistente social», sin disimular su orgullo de padre. «La primera universitaria de Rabiche va a ser», comentan.

Se acerca la hora de comer. Aparecen los más jóvenes. Y otras mujeres no quieren dejar pasar la oportunidad de pedir otras viviendas para sus hijos y una oportunidad para que les den un trabajo que les permita independizarse. Una cuenta que su hijo, de 25 años, perdió un brazo hace diez en accidente de tráfico y encuentra doble dificultad para lograr empleo: al hecho de ser gitano se suma su minusvalía por la que cobra solo 270 euros al mes. «Con ese dinero no puede mantener a su mujer y su hijo, necesita un trabajo para sentirse persona. El se apaña, sabe hacer de todo». La marginación es un peso, aseguran: «mi mujer fue a pedir trabajo y tuvo que poner otra dirección, sino no se lo hubieran dado».